

Mariela Zuluaga, *Gente que camina*

Lo bueno de caminar es lo que se consigue en el camino. Ese es el epígrafe de esta novela sobre los nukak, tribu nómada, llamada a desaparecer, de las selvas de Colombia. La buena, interesante y original novela de Mariela Zuluaga.

Una bella historia de amor: de amor por el padre, por la madre, por sus abuelos, por sus ancestros. Por los seres espirituales del más allá. Por las cosas que se tejen entre la misma naturaleza, por la naturaleza.

Gente que camina, novela de prosa poética, relata la historia del acaso último nukak, Jeenbúdá. Se convierte así en novela de personaje, un picaresco protagonista del siglo XXI que se zafa de la trampa que trata de tenderle una mujer rubia que lo pretende.

Se devuelve, entonces, en busca de los suyos, selva adentro, para encontrarse con la sorpresa de que todo ha sido arrasado por el hombre blanco (según ellos, los nukak, “gente con ropa”): los colonos que ocupan sus espacios, que les usurpan para cultivar la coca.

Tiene esta novela —que podría interesar a antropólogos, sociólogos, filólogos y a los lectores de las cosas novedosas— un interesante juego lingüístico, pues la historia está contada, de manera simultánea, en dos idiomas: Nuestro dúctil español y la lengua de los nukak. Así, logra en este bilingüismo mostrar la lengua y la historia de esta tribu nómada, que se juega los últimos suspiros de vida cerca de la selva que colinda con San José del Guaviare.

De esa recreación semántica la autora se vale para subtítular los capítulos: *awa'*, el



245 Libros

padre; *ná'a*, la madre; *jéka*, claro de monte; *ju'ját yúbu*, tiempo de vientos y lluvias; *takwe'yi*, espíritu; *ka'wáde*, blanco o gente con ropa...

El pretexto para contar la historia es la presencia de una bella joven, trabajadora social, que se enamora de Jeenbúdá y lo seduce y lo atrapa por unas noches, en las cuales logra envolverlo en sus brazos y sus olores extraños y traerlo hasta Villavicencio.

Pero, cuando Jeenbúdá reacciona, advierte que lo llaman sus ancestros. Entonces, ante su tristeza, la mujer lo deja libre y lo monta en un bus (hacia San José).

Al advertir que lo llaman, que lo requieren, que lo persiguen sus ancestros, ya dentro de la selva de nuevo, empieza a caminar y a deambular, como ha sido su costumbre, en busca de sus parientes. "El caminar

y curiosear es la esencia de un *nukaák*, porque de ello depende su vida y la de su familia, como ha sido desde el tiempo de los *be'wun*, sus ancestros”.

En ese atormentado retorno, se ve niño, ve a su padre construir su primera cerbatana, ve a su madre cocer las frutas, ve a su abuela lavar las ollas y ve el espíritu de sus ancestros, cuando, como en el mito primero, ellos brotan de las entrañas de la tierra, de donde, según sus creencias, provienen.

Entonces, en esa caminata de varios soles y lunas, atormentado por los espíritus de la noche y el mal, desea encontrar a su

grupo familiar con vida, ante el peligro de la presencia de los hombres de verde...

Sobre esas cosas bellas y tristes, sobre todo lo que se pierde sin que lo sepamos, sobre lo que se ahoga sin saber su existencia, sobre la historia de esta gente hermana de tierra ha vivido tan cerca y tan distante de nosotros... —y a la que le hemos pisado sus pasos y sus huellas para desaparecerlos, al llevarles la barbarie y crueldad del hombre blanco (los otros)—, sobre ellos habla esta excelente novela, de la escritora Mariela Zuluaga, que nos dirá por mucho tiempo que existieron los *nukak*.

ANDRÉS ELÍAS FLÓREZ BRUM

